

## EL NIÑO DEL GANGES



Siempre que he intentado remontarme a mis primeros días me encuentro con la misma mezcla incoherente de recuerdos. Con el tiempo, he llegado a la conclusión de que ese desorden es la manifestación más acabada de la inocencia, el producto del que espera que la dicha sea para siempre. Sin embargo, me siento afortunado porque todavía hoy, cuando cierro los ojos, puedo experimentar muchas de aquellas sensaciones primigenias: el calor de la siesta de mediodía, la brisa cuando las lluvias del monzón se retiran, el olor a los guisos de las cocinas de las aldeas, los destellos de la luna sobre los arrozales. Me pregunto si los míos ven este mismo cielo del que sólo puedo contemplar una pequeña porción y si, cuando el sol cae, las estrellas siguen brillando en mi lejano país de la misma manera.

¿Quién podría haber imaginado un destino tan singular como el mío? Por derecho, estaba llamado a gobernar una parte del universo. Según los libros sagrados, el primero de mi linaje acompañó a *Durga* en su expedición contra el demonio *Mahishasura* y en agradecimiento ésta le concedió para siempre el mando sobre las bestias y los hombres. Una noche, cuando apenas podía andar, mi madre me sacó a la terraza del templo de la diosa. Alargando la diestra señaló a los cuatro puntos cardinales y me dijo que un día todo aquello sería mío. Al punto un gran clamor se elevó de la selva y desde entonces crecí y me eduqué esperando el momento de desempeñar tan sagrada misión.

Destaqué en todas las artes y muy especialmente en lo relacionado con la caza. No había nadie más rápido y certero; era capaz de acercarme a la más esquivada de las presas en total silencio. Por otra parte, mi natural astucia y el vigor de mis miembros me proporcionaban grandes éxitos en el combate y mis rivales me miraban con respeto. Amigos y enemigos comenzaron a temerme y, sin embargo, siguiendo las leyes que mi estirpe había instaurado desde el principio de los tiempos, era recto y clemente con todos. Mi nivel de vida era el que correspondía a un príncipe pero sólo exigía de los campesinos lo que en justicia podían darme, respetando sus vidas y haciendas. En poco tiempo extendí mis dominios y las noticias sobre mis hazañas se propagaron por el vasto territorio entre los dos sagrados ríos.

Sin embargo, esa misma gloria se convirtió en el origen de mi desgracia. Mis enemigos comenzaron a calumniarme. *Bund Gosht* o *Jhingri Maach Mala* eran alguno de los insultos que me dedicaban. Atizada por la injuria sin castigo, la llama de la rebelión prendió en el corazón de mi reino y lo inflamó todo en una terrible guerra de exterminio. Los supervivientes fuimos condenados a la clandestinidad y al silencio. Nos deslizábamos agazapados a través de los arrabales de las aldeas y los senderos más secretos de la jungla como fantasmas. Durante cierto tiempo tuvimos éxito pero la buena suerte no duró. Primero cayeron algunos de mis parientes; más tarde fue el turno de dos de mis concubinas y finalmente, para su vergüenza, yo mismo, su *Marahja*. Mi pena no fue una muerte atroz como la que dispensaron a tantos fieles servidores y amigos, sino la esclavitud y el destierro. Enjaulado en la cubierta de un navío y rodeado por un enjambre de hombres, partí en dirección a Poniente.

Durante semanas y semanas, desde mi pequeña isla flotante no vi más que la línea brumosa del horizonte. La combinación de la luz del sol y la inmensidad de aquel lago azul turquesa tenían sobre mí un efecto anestésico. Notaba que mi salud declinaba. No puedo contar casi nada de los acontecimientos que se desarrollaron después porque la fiebre y el delirio se apoderaron de mí. Sin embargo alguna que otra imagen emerge de aquella pesadilla. Recuerdo un puerto al pie de una gran montaña, una ciudad populosa a la orilla de un río, los patios porticados de un palacio, la mole enorme de una torre que apuntaba hacia el cielo como el tridente de *Shiva*, y, sobre todo, una ceremonia en la que, de un grupo muy numeroso de hombres, se destacó uno que se dirigía haciendo reverencias y pámemas a una pareja no menos ridícula. No parecían muy contentos y le dedicaban una sonrisa displicente, como quien acepta un regalo poco satisfactorio.

Un ruido fenomenal hizo que me incorporara sobresaltado. Después de lo que parecía una eternidad recuperaba el sentido, desorientado, perdido. Me acerqué a un ventanuco por el que se filtraba la luz de la tarde. En un amplio espacio rectangular delimitado por una empalizada, un caballo y su caballero interpretaban una extraña danza con un animal parecido a un búfalo pero mucho más esbelto, dotado de dos finísimas astas que remataban su testuz. Alrededor graderíos y, por encima, los balcones de los edificios circundantes ocupados unos y otros por una infinidad de hombres y mujeres que dejaban escapar un grito profundo y acompasado. Presidiendo la ceremonia, la pareja de mis visiones. Ella se abanicaba, visiblemente complacida, mientras su acompañante contemplaba un punto indefinido, ensimismado. El espectáculo era absurdo y cruel. A cada embestida del negro animal, el caballo caracoleaba a galope al tiempo que su amo, girando el talle, clavaba en el lomo del perseguidor un dardo. Tras varios encuentros de parecida factura, el caballero tomó una lanza algo más aguda y larga y el búfalo rodó fulminado por la arena. El lance pareció agradar mucho a los espectadores que, en pie, le vitorearon largamente mientras jinete y montura desaparecían tras un portalón.

De repente una voz se oyó por toda la plaza. “Er Niño del Ganges, que saquen al Niño. Venga, a torear, ea”, al que siguió una risotada general, una señal imperativa del abanico y un toque de clarín. Sentí una enorme opresión en el pecho y salí por un hueco que se acababa de abrir en mi cubículo al exterior. Plantado sobre sus cuatro patas, todavía más enorme e imponente que el anterior, divisé en el centro de la plaza otro de aquellos animales. Me observaba cuidadoso, espiando mis movimientos, presto atacarme con toda la furia de la que era capaz. Calculé mis escasas posibilidades ¿Era allí, en un país extraño, rodeado por el populacho, donde se iba a cumplir la sentencia de mis enemigos? No sé por qué en aquel momento de suprema angustia, recordé la escena que acababa de presenciar desde mi celda, vi la manera de sobrevivir a aquel encuentro fatal. Debía dejar que el bruto me embistiera, salir de repente hacia él y, cuando el choque fuera casi inevitable, cambiar de trayectoria para propinar en su cuello el golpe salvador.

Animado por un griterío ensordecedor, mi oponente inició su carrera. Muy derecho, sintiendo mi cuerpo todavía entumecido, comencé la mía. Entonces, cerré los ojos y recité la plegaria de los asesinos de la Oscura cuando se aproximan a sus víctimas. *Shaktar Kali, murg Chaat, lukhmi raan tikke, raan tash, kaleji murg, murg Chaat. Shaktar Kali, murg Chaat, lukhmi raan tikke, raan tash, kaleji murg, murg Chaat. Shaktar Kali, murg Chaat, lukhmi raan tikke, raan tash, kaleji murg, murg Chaat. Shaktar Kali,...* Cuando los abrí, la bestia yacía a mis pies. Se hizo un silencio profundo, incómodo. El resultado del lance no había sido el apetecido por los espectadores, que se miraban unos a otros boquiabiertos. La mujer de la tribuna miraba recelosa a los graderíos, golpeando su abanico contra la barandilla. De repente su marido hizo algo extraordinario. Se levantó solemnemente y aplaudió. Y con él, tímidamente, casi de mala gana, toda la plaza.

Desde entonces ese hombre se ha convertido en mi único visitante asiduo. Viene casi todas las mañanas a este encierro, acompañado por un séquito que le espera pacientemente mientras él me contempla satisfecho. A veces me trae algunas golosinas que devoro decorosamente en un lugar más discreto. Parece valiente porque a veces ha intentado acariciarme extendiendo su mano a través de los barrotes. Espero que un día llegue a saber quién es.”

El rey Felipe estaba más animado que de costumbre. Tomó otra pieza de carne, la lanzó a la jaula y señalando al frente dijo: “Ah, doña Isabel, conozco a muchos grandes que no exceden en dignidad a ese tigre”. “¿Habéis traído a vuestro secretario? Pues bien, escribid. Demos a nuestro noble animal un aposento conveniente”.



Jorge Gómez García  
Archivo General Militar de Madrid (AGMM)  
[8ª Hitoria Imaginada en la Sección Nobleza del AHN \(Sept-2012\)](#)

